

# LABORANDO

Precisamente, cuando la nostalgia y el aburrimiento se apoderan de nosotros en estos días de vacaciones veraniegas, es cuando D. Miguel Pérez Molina, nuestro querido Director de la Academia, ha tenido la feliz idea de fundar esta revista ilustrada JUVENTUD MANCHEGA para perfeccionamiento de la cultura, solaz y entretenimiento de toda la juventud estudiosa de esta Región.

—Muchas gracias D. Miguel! Es la primera frase que se nos viene a la boca, al aparecer este primer número de la revista, en la que a los buenos propósitos de nuestro infatigable Director, debemos anar los de todos sus antiguos discípulos y actuales alumnos para hacer más amena la lectura de JUVENTUD MANCHEGA a la que prestaremos toda ayuda para consolidar su publicación en lo sucesivo.

Ahora bien, estoy seguro que la colaboración que más agradecerá a D. Miguel, es la de sus escolares, pues para ellos ha hecho esta revista y para ellos ha sido todo su amor desde la fundación de la Academia General de Enseñanza. Pues si D. Miguel, dando pruebas de un altruismo sin límites, ha hecho esto por nosotros y para nosotros, ¿estaría bien que no le secundáramos en sus buenos propósitos, y en los concursos que celebrará hubiera que declarar algún premio desierto?

—No, es la constatación categórica a esta pregunta,— y como la gratitud es una prenda que debemos poseer los manchegos, estoy seguro que vosotros, queridos compañeros, colaboraréis en las columnas de esta revista.

D. Miguel Pérez Molina, ha dado un gran paso con su publicación, pues sin ella ha sacado de sus aulas hombres ilustres y literatos insignes, ¿que será el día que los aventajados alumnos que han pasado por la Academia, escriban asiduamente en JUVENTUD MANCHEGA? De que así lo harán, estoy cierto, pero para que la semilla que él ha sembrado fructifique bien, es necesario que sus discípulos nos tomemos interés desde el primer momento y de esta manera logremos un bienestar para nosotros, y una gran satisfacción para nuestro Director, que estoy seguro nos la agradecerá.

Y como no me gusta predicar sin dar el ejemplo, a continuación inserto un cuentecito infantil.

## “Castigo merecido,”

(Cuento)

Son las tres de la tarde de un espléndido día de Febrero. Los bancos del paseo del Prado, están ocupados, unos por elegantes señoritas, acompañadas de algún que otro caballero; otros por graves señores que discuten sobre política; en otro grupo, algunos jóvenes, alegres, hablan y ríen a carcajadas.

Pero pasando por alto todas estas fases y aspectos del paseo, vamos a ver a nuestros protagonistas y los encontraremos en el sitio más apartado y sentados en un banco protegidos por la sombra de una hermosa acacia. Ante todo, preciso es dar a conocer nuestros protagonistas a los lectores y diré que son dos muchachos de unos doce

años de edad, ambos morenos y casi de la misma estatura, decentemente vestidos y modales desenvueltos. Hecha esta descripción, paso a averiguar que es lo que hacen, en la parte más solitaria del paseo, y hablando en voz muy baja; pero no tengo que esperar pues el diálogo que ellos sostienen, por demás animado, me dice lo que con tanto interés occultan:

—Oye Manolo, ¿habrán entrado ya en clase?

—Sí, hombre sí, no has oído las tres y han debido entrar a las dos y cuarenta cinco?

—Pues estoy por volverme atrás, porque tengo el presentimiento que hoy nos va a ocurrir algo.

—Aprensiones tuyas Felipe, ¿no ves que tarde más hermosa hace? estoy seguro que mejor la pasaremos aquí que en las aulas del colegio.

—Casi estoy por creérmelo Manolo, pero si no viene a molestarnos nadie.

—No haberlo dicho Felipe, pues por allí viene Don Bonifacio.

—Anda, vámonos, no sea que nos vean y entonces sí, que nos va a ocurrir algo.

Y ambos amigos, se alejan silenciosos y cabizbajos por temor de que D. Bonifacio, uno de los profesores de su Colegio, los vea y los deje castigados.

—¿Donde vamos Manolo?—Pregunta Felipe a su compañero.

—A los Pozuelos, que está muy cerca y no hay peligro de que nadie nos vea, contesta Manolo.

Y ambos muchachos, se encaminan hacia el sitio nombrado anteriormente, y en donde habían estado más de cuatro veces. «Los Pozuelos» era un paraje situado a dos kilómetros de la población, rodeado de pinos y abetos, y que tenía en el centro, formado por este círculo de árboles, varios pozos, en los cuales había muchísimo peligro de caer. Marchaban los dos muchachos con paso ligero, encorvados, y con las gorras del Colegio a que pertenecían, bajo el brazo, por temor a ser reconocidos desde alguna distancia.

Al cabo de veinte minutos llegaron a dicho lugar, y como jóvenes sin experiencia, se internaron en el círculo de árboles y se sentaron al lado de un pozo que media más de quince metros de profundidad. El piso estaba resbaladizo, a causa de la lluvia que había caído días antes y como Felipe quisiera acomodarse para ver su fondo o si tenía mucha agua, se escurrió y en su precipitación, se agarró fuertemente a la americana de Manolo quien no pudiendo resistir el peso aquél, perdió pie y cayó con su compañero al fondo.

Dos gritos de horror, que pronunciaron simultáneamente los muchachos, fueron suficientes para poner en conmoción a los habitantes de una huerta vecina, los cuales se apresuraron a dirigirse a «Los Pozuelos» pues distinguieron muy bien de donde habían partido los ayes de terror exhalados por los infelices jóvenes.

¿Para que reseñar, queridos lectores, los esfuerzos y trabajos de aquellos buenos hombres por sacar del pozo a los dos niños?

Básteos saber que tras muchos intentos, pudieron salir del agua ambos desgraciados y en dos camillas llevados a sus casas, donde después de gratificar espléndidamente a los salvadores, fueron atendidos y cuidados solicitadamente de las pequeñas erosiones que se produjeron al caer, por sus familias.

Al cabo de dos meses, Felipe y Manolo, son dos buenos estudiantes que nunca faltan a clase, desde la aventura aquella que todo el mundo bautizó con el nombre de «Castigo merecido».

FRANCISCO PÉREZ Y FERNÁNDEZ

Alumno de 5.º curso